
EN EL FILO DE LA VIDA



EL ETERNO INCESTO DE LORENZO Y SAFO

Mi padre sabía que es muy difícil
llamarse Safo y no convertirse
en una lesbiana. Porque la palabra
obra en la carne, porque la
palabra esculpe, labra y moldea.

JESÚS FERRERO

Me tienta la idea del parricidio. Matar a mi padre..., pero ¿cómo? ¿Con un disparo en la cabeza o clavando un cuchillo en su corazón mientras duerme la borrachera? La ley de Edipo es la ley del hombre, reza el psicoanálisis, no la de la mujer. Ayer me dijo mi psicoanalista que las mujeres que desean matar al padre son mujeres fálicas, que no han integrado la ley paterna por una especie de disfunción acaecida en momentos muy definitivos de la infancia. En ellas se ha producido lo que Freud designaba como *Verformung* (rechazo, repudio, deformación, distorsión). Lacan lo ha traducido por el concepto inventado de “forclusion”. Mi terapeuta me echa la culpa de mis relaciones incestuosas con mi padre, me acusa de no asumir su autoridad. “Eres una huérfana”, me dice. “En tu mente profunda no hay Dios, no hay Padre, no hay Autoridad, por eso te puedes acostar con Lawrence Durrell. No lo sientes como un incesto, eso solo lo sienten los demás, solo los demás, no Safo Durrell, esa ya no sabe lo que es un padre, lo que es una madre, lo que es una familia, lo que es el orden y el caos... Ay, pobrecilla....”

[9 de marzo de 1979]

Ayer recorría el camino del valle que conduce a la casa del Minotauro y lo suponía muerto. El Minotauro muerto bajo toneladas de tierra, bajo toneladas de olvido, mi padre... De pronto, los colores adquirirían una profundidad abismal. Podía perderme en las honduras del verde, el azul, el lila, el rojo... Mi respiración cambiaba y se hacía más amplia... ¿Era el aire de la redención, el aire de la felicidad, el aire del alivio que finalmente me aguardaba desde el origen del mundo, cuando no había padres, ni madres, ni razas...? Y a la vez mi corazón se aceleraba sin desbocarse, como si lo agitase el viento ondulante del deseo. El mundo se tornaba muy vasto, en realidad infinito... ¡Mi padre estaba muerto y yo lo había asesinado! Yo era la Antielectra. Una imposible heroína de tragedia, o de una tragedia que solo podía escribir yo si no me moría antes.

[12 de marzo]

Oh, Dios, me domina la obsesión de que voy a fallecer muy pronto, como desea mi padre. Sé que lo desea, por eso Livia, la heroína del segundo tomo de su maldito *Quinteto de Avignon* se ahorca. Esa lesbiana amante de los nazis, mucho más depravada que yo pero que tiene mis ojos, mi boca, mi voz, acaba como la figura que más le gusta del Tarot: el Colgado. Recuerdo la primera noche que me arrastró hasta su cama. Estaba, como de costumbre, seriamente borracho, pero parecía feliz. Me enseñó el arcano número 12 y me dijo: “Soy un colgado, mi querida niña, un maldito colgado y tú me tienes que descolgar con tus besos redentores, con tus besos tan dulces como los de Antígona, mi querida hija, mi querida Safo.

A menudo pienso en el nombre y en la responsabilidad de los padres cuando nos lo ponen. Mi padre sabía que es muy difícil llamarse Safo y no convertirse en una lesbiana. Porque la palabra obra en la carne, porque la palabra esculpe, labra y moldea. Ah las lesbianas, ese antiguo fantasma masculino... Babean cuando piensan en ellas, símbolo de su feminidad reprimida y a la vez invertida en la figura de dos mujeres entrelazadas en el paraíso terrenal mientras Adán las observa semioculto tras una higuera.

Mi psicoanalista se equivoca cuando dice que no he integrado la ley. Claro que la he integrado y por eso la he seguido a rajatabla y he acabado convirtiéndome en una lesbiana. A veces quiero vomitarme a mí misma, y no por prejuicios contra el safismo. Nada de eso, nada de eso. Lo único que me sulfura y no me deja vivir es haber asumido tan férreamente la ley. Yo no soy yo, yo sólo soy el proyecto literario y perverso de Lawrence Durrell.

[15 de marzo]

En un lugar del valle del Po hay un camino de carros rodeado de árboles frondosos y fraternales donde se halla la casa de Mudu, un hermafrodita con aspecto de mujer que guarda su diferencia en secreto y como un regalo tan solo para la gente que se lo merece. Cuando llego a su morada tengo la impresión de penetrar en el espacio embrujado de un sueño. Mudu pertenece a la categoría de lesbianas de pueblo y

tiene un clítoris rojo y brillante que parece un pene, que en realidad es un pene. Mudu me conduce al baño para que me despoje de los sudores del tren. Luego cenaremos bajo la higuera del patio y más tarde veremos las estrellas desde su cama ubicada en el último piso de la casa, con una mansarda que da al cielo.

Mientras nos miramos a los ojos le confieso a Mudu que hace días tuve un sueño en el que me acostaba con mi madre. No lo sentía como un acto de amor, era más bien un acto de dominación. Luego le digo a Mudu que nunca he leído ninguna novela donde una madre fornicaba con su hija. Mudu me mira con asombro y me susurra: “En contra de lo que se cree, en los pueblos hay una sexualidad más abierta y diversa que en la ciudad, si bien todo se lleva a cabo de forma oculta. Yo he conocido a madres que se acostaban con sus hijas en estos apacibles rincones del Po. La mujer que vive en la casa de la colina se consuela con su hija desde que falleció su marido”. “¿Y lo sabe la gente?”, le pregunto. “Verás, amiga, eso sólo lo sé yo, y tengo por condición la discreción”. “¿Tu madre está viva?”, me interpela. “Sí”, le contesto, “¿por qué lo preguntas?”. Mudu se encoge de hombros y murmura: “En los sueños podemos hacer el amor con los muertos porque en los sueños los muertos no mueren nunca, mi amor.” De súbito me echo a temblar y pienso que Mudu y yo estamos muertas en una mansión extensa como el cielo de una región sin nombre al otro lado del océano.

[22 de marzo]

El psicoanálisis nunca ha funcionado en mi caso. Ante el doctor me siento un espectro que habla como un espectro en un mundo de espectros. Miro sus gafas y me veo reflejada en ellas como en un espejo cóncavo y convexo. En los lentes del doctor soy un ser monstruoso, ¿en su cabeza también? Lo compruebo un instante después cuando me dice: “Eres una esquizofrénica.”

[9 de abril]

Intento no pensar en mi relación con mi padre. Su miembro en mi boca, el cetro del Rey entre mis labios. Un terror infantil recorre

el pasillo, el jardín, los campos de Provenza. Un terror milenario. Soy su esposa, su puta, su perra, su virgen necia, sabia, sáfica... Desde la muerte de Claude ninguna mujer le complace y ha decidido convertirme en Claude rediviva, o en Eve Cohen (Justine) o en todas las mujeres que le han gustado sintetizadas en una: su misma hija, y así todo queda en casa.

Es experto en los silencios hostiles, donde llega a concentrar su inmensa maldad. Es un maestro en el arte de la destrucción y el alcohol, lejos de debilitarlo, lo ha convertido en una roca sobre la que choca mi cuerpo herido ¿Por qué no habré nacido muerta?

[2 de mayo]

No puedo cargar con los miedos de los demás; me basta y me sobra con los míos. Tengo la mente en blanco y la impresión de que avanzo hacia un precipicio al que me han ido guiando los demás y al que yo no he sabido imponer la voluntad y hasta el grito. No he sabido gritar como Antígona ante las puertas de la Ley. Mi maldito padre dijo en un poema que no es tan fácil conquistar la muerte. ¡Qué ingenuidad...! La muerte es tan leve como un cabello, lo dicen los japoneses. La verdadera dificultad está en madurar la decisión y pasar al acto, porque el acto en sí es de una insignificancia aterradora. Ahora respiro, ahora ya no.

[5 de mayo]

Las páginas que preceden representan una versión libre de los diarios de Safo Durrell y advierto que son menos traidoras de lo que pudieran parecer, pues se basan en una larga exploración de la vida y la obra del padre y la hija, así como de sus relaciones con el psicoanálisis. Ciertas evidencias, del todo clamorosas, nos indican que Safo Durrell no fue víctima de la forclusión psicótica ni cabe suponer en ella una ausencia de la ley paterna ni del significante principal centrado en la figura del padre, pues siguió la norma paterna hasta la abominación y fue siempre una mujer muy desdichada. No solo se hizo lesbiana,

siguiendo el significante que la nombraba, sino que además acabó ahorcándose, como el personaje Livia del *Quinteto de Avignon* en el que Safo se vio retratada y deformada hasta el esperpento. Safo dejó escrito que no quería que enterrasen a su padre junto a ella, pues aspiraba a dormir lejos de él el más hondo de los sueños. Lawrence, *père sévère*, hizo caso omiso del último deseo de su hija y ordenó que lo enterrasen a su lado, condenado a Safo a consumir con él el incesto eterno. ♀

JESÚS FERRERO ES ESCRITOR. AUTOR DE *BÉLVER YIN*, *LAS TRECE ROSAS*, *LAS EXPERIENCIAS DEL DESEO* (PREMIO ANAGRAMA), *LAS ABISMALES* (PREMIO CAFÉ GIJÓN), Y EL RECIENTE ENSAYO *LA POSESIÓN DE LA VIDA*.